



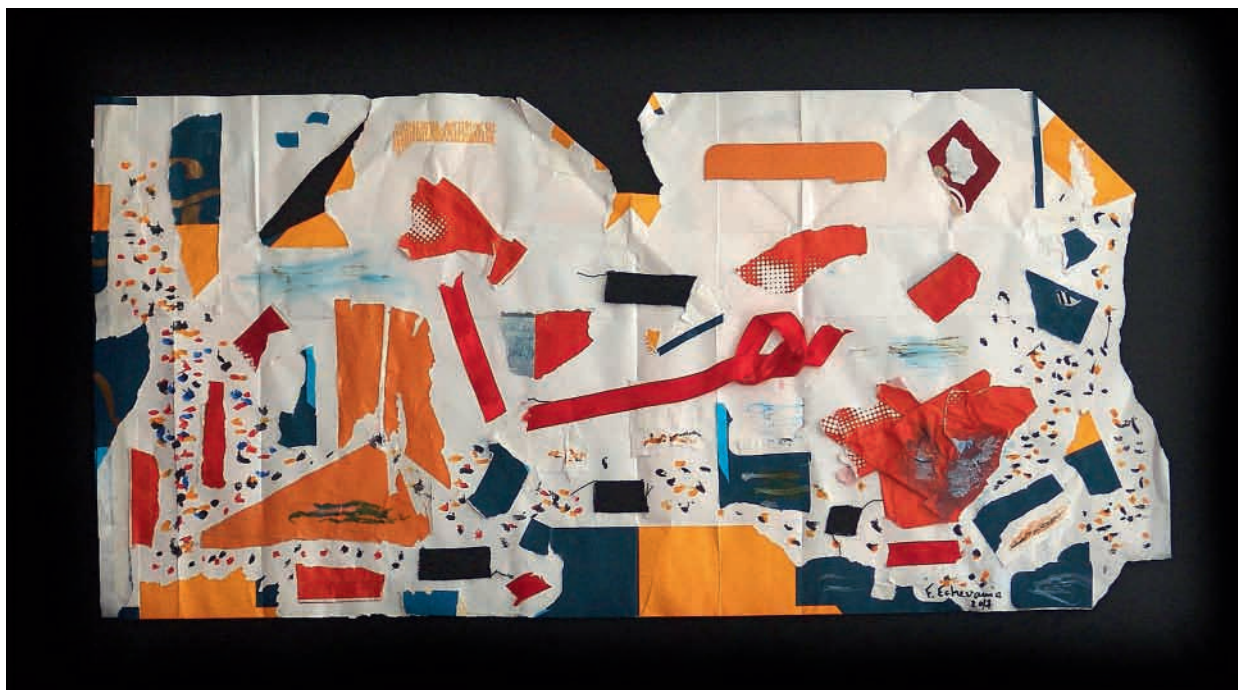
FEDERICO ECHEVARRÍA

EXPRESIONES ABSTRACTAS

Joaquín Lledó & Jesús Tablate

Amor por la pintura. Eso es lo primero que se percibe en la obra de nuestro Federico Echevarría. Esa pasión, ese amor que es culto a la belleza, pero considerando ésta no, o no tan solo, como canon académico, sino como misterio vinculado con lo más íntimo y espiritual de la percepción. Afán por expresar lo que nos emociona. Crea Echevarría obras atractivas. Seductoras. Aparentemente simples, sencillas. Pero solo aparentemente. Porque en realidad son el fruto de una compleja alquimia. Han sido destiladas en esa pasión, en ese amor por la pintura. Y es que, como se suele decir, de raza le viene al galgo.

Cuentan que cuando su tío abuelo, Juan de Echevarría, que había estudiado ingeniería en Inglaterra y



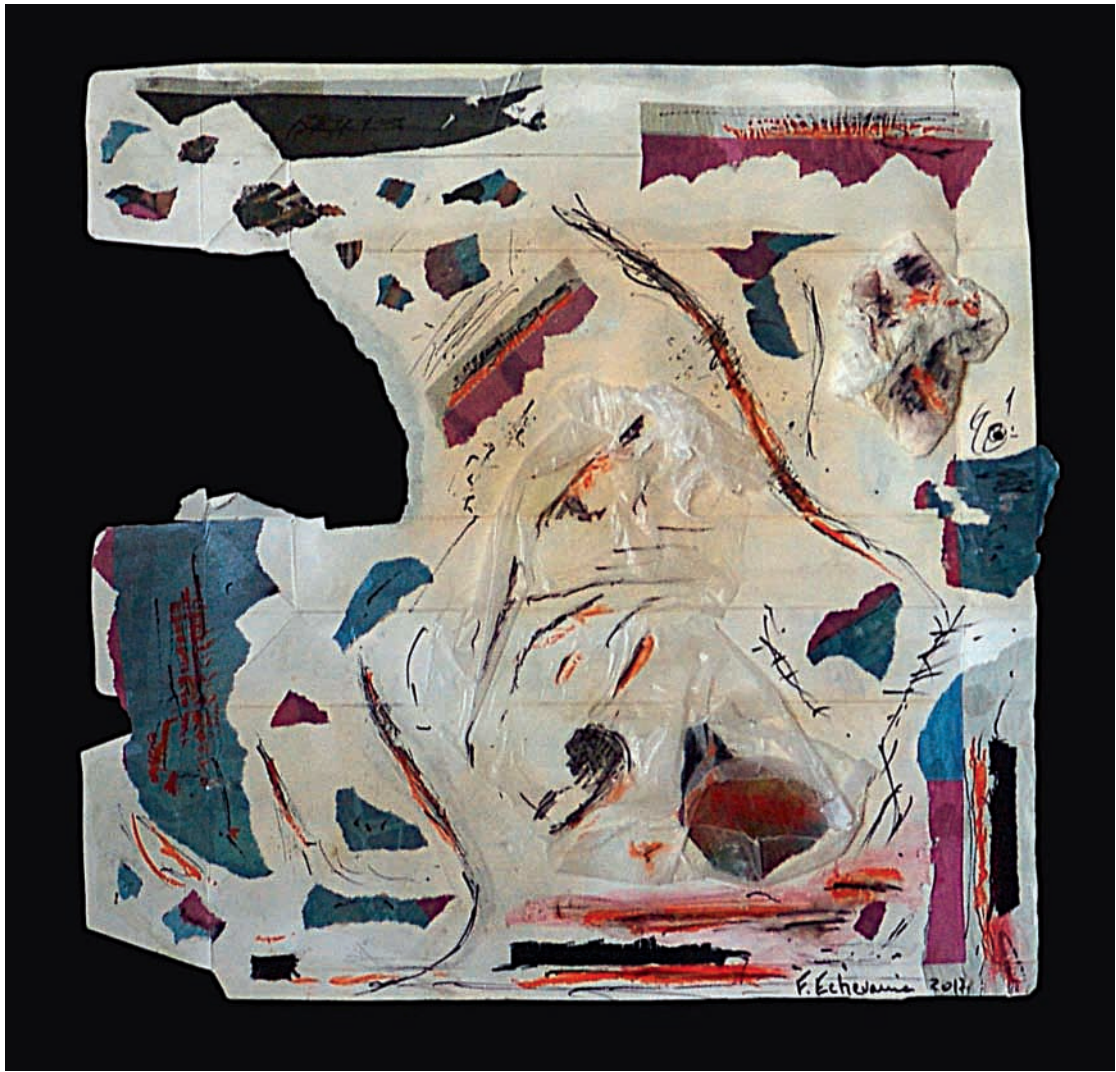


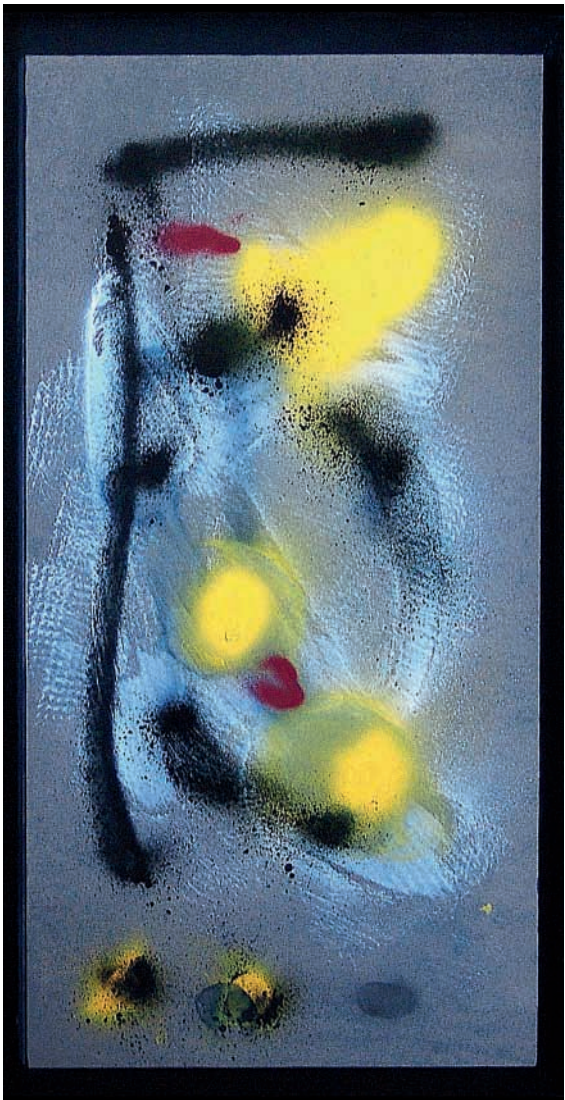
Alemania, fue llevado por el bisabuelo a contemplar los impresionantes altos hornos de la familia, a la pregunta: ¿Te gustan? habría respondido: Muchísimo. ¡Qué rojos! ¡Qué amarillos! Lo que el joven Echevarría veía en el fuego era la luz y el color, en definitiva, su vocación. Que se cumplió, pues fue pintor, el primer gran pintor de la saga Echevarría. Muy pronto, en 1911, expuso cinco lienzos en el Salón de Otoño de París, lo que le valió los elogios de Guillaume Apollinaire. Aunque experimentó con acierto la escultura y el collage, fue conocido y estimado sobre todo por su aportación a dos géneros pictóricos, el bodegón y el retrato. Célebres son los que hizo de Ramón Valle Inclán, Miguel de Unamuno, Pío Baroja, Juan Ramón Jiménez, Azorín o Francisco Iturrino, el otro representante, junto a Echevarría, de la tendencia fauvista en España. Pintor fue también su sobrino, el padre de nuestro Federico, también llamado Federico Echevarría. Aunque él lo fue en la segunda mitad del siglo XX. Fue, quizás por ello, un pintor en constante evolución. Impresionista en sus inicios, con tonalidades fauvistas por influencias de su tío, fue también un excelente retratista y, tras su estancia en Centroamérica, donde recibiría las influencias de la civilización maya, su pintura se haría abstracta. Pintores serían dos de sus hijos, Federico y Jorge Echevarría. En las últimas décadas del siglo XX, Jorge realizó una interesante obra, también siempre en evolución, a veces pop, a veces abstracta, en ocasiones influenciada también por el arte y la cultura centroamericana.

Federico Echevarría es arquitecto. Un gran arquitecto que ha construido mucho y en diversos lugares. En Madrid, por ejemplo, son obra suya los tres edificios que peristilan la plaza de Emilio Castelar en el Paseo de la Castellana y, junto a la Telefónica, el Edificio Gran Vía, con la fachada del antiguo Teatro Fontalba, reinterpretada y alargada para hacerla coincidir con los dos edificios colindantes y, tras ella, el edificio encapsulado en vidrio negro que refleja los edificios de la Gran Vía y se confunde con el cielo.

También de la arquitectura, de su larga y fecunda obra arquitectónica, ha destilado Federico Echevarría esencias que, naturalmente, ha trasladado a su obra pictórica. Ya las fachadas de sus edificios, en las que tienen gran importancia tanto los valores de textura y color como el rigor y la austeridad en el uso de los materiales, son tratadas como esculturas. En ellas, como en sus cuadros, busca que cada vez que las miremos veamos cosas diferentes. El equilibrio de sus elementos, sus afinidades armónicas, invitan a nuestra mirada a hacer diferentes recorridos, a posarse aquí o allá, en esta o aquella parte del cuadro. Son obras dinámicas. Algunas de ellas son, incluso, planos. Fantasmagóricas y utópicas proposiciones urbanísticas. Un algo constructivista está siempre implícito en ellas. Claro que en otras el dinamismo es de otra índole. Es como si fuese la propia paleta del pintor, sus útiles, su taller,







Sin título, 2018

lo que se hubiese deconstruido y fragmentado expandiéndose en la superficie de la obra, aunque conservando algo de su tridimensionalidad, en sabio diálogo sobre lo hondo y lo superficial.

Realizadas usando diversas técnicas, las creaciones de Federico Echevarría son singulares, elegantemente personales, aunque estén preñadas de referencias y homenajes a la obra de su padre. Así, las telas arrugadas y pintadas o la propia concepción del collage. Claro que aquí, en la obra del hijo, hay ese poso arquitectónico. Meditada planificación del azar. Dinámica unificación de lo fragmentado guiada e inspirada por una matemática que es a la vez número, idea y música. Hay algo de gestual, de taurómaca lidia, en la brega con la obra. Por esto, y por supuesto por su uso de materiales desechados, de cartones para sus construcciones, es decir, por su comprensión de que cualquier materia, en

tanto sirva una finalidad pictórica, puede componer un cuadro, es evidente que este Federico Echevarría es un pintor actual. Con él el trabajo de la saga Echevarría llega al siglo XXI.

- pag 13 - *Sin título, 2017*
- pag 14 - *Proyecto Torre Mutua. Madrid*
- pag 15 - *Sin título, 2018*